

el árbol que está plantado junto á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto á su tiempo y su hoja no caerá, mas todo cuanto él hiciere irá en prosperidad; pero atendamos: ¿Quién podrá ser el árbol que dará el correspondiente fruto? S. Ambrosio afirma que es Aquél por medio del cual nos vino la salvación; Jesucristo plantado en el seno de María, tierra virgen y pingüísima.

Por las *aguas* entiende el Agustino, al mismo Espíritu Santo, que formó el cuerpo de Jesucristo en el vientre de María y le regó de santos dones con que brilla el Divino Espíritu. Dió Jesucristo *el fruto correspondiente á su tiempo*, que fueron todas las virtudes que le ennoblecieron y los Sacramentos que publicaron su santidad, omnipotencia y sabiduría, especialmente el del Altar donde muestra los raudales de su amor. Por las *hojas que no caerán de aquel árbol*, juzga el Lirense, (1) ser las palabras de Cristo que permanecen siempre en todo su vigor.

También los cristianos podemos ser semejantes á este divino Árbol y dar el fruto de virtudes correspondientes, si nos nutrimos de sus excelentes frutos: esto es, de la Carne y de la Sangre de Jesucristo.

(1) In scriptura per folia significantur aliquando verba quæ in Christo non fuerunt defluentia sed stabilia. Lira in. Ps. 1. v. 3.



CAPÍTULO XII

Observaciones sobre algunos salmos del oficio del Corpus.

Hasta aquí hemos recorrido aquellos versos de los salmos que expresaban de un modo terminante y literal el dogma eucarístico, considerado, ora en su esencia, ora en sus efectos, ya también en sus propiedades y excelencias; entre éstos, hemos explicado algunos que pertenecen al brillante Oficio del Santísimo Sacramento, cuya forma literal, lo mismo que las demás, predicán sin duda de una manera clara, patente y positiva el Misterio adorable del Altar; empero no hemos dado lugar á otros que, si no en su forma, al menos en su fondo se refieren á la Eucaristía, y hablan muchísimo en su favor. Éstos ocuparán por consiguiente, nuestra atención en el presente capítulo. Debo advertir de paso, que el P. Melchor Prieto dió á luz un tomo en cuarto mayor, con objeto de parafrasear y comentar los salmos del oficio del Corpus. El trabajo en verdad es excellentísimo, pues reviste una erudición portentosa, mas por precisión, como algunos de los versículos de esos salmos aludidos, no pueden referirse directamente al misterio de la Divina Eucaristía, de ahí que el citado autor los refiera en sentido acomodaticio, lo cual ciertamente no perjudica en nada al mérito y á la verdad de la obra. Nuestro intento, empero, es aducir sólo aquellos textos sagrados que, aun-

que no tan literalmente como los ya explicados, pero sí directamente se refieran á la Eucaristía, mencionando ligeramente los demás, por ser asunto que no pertenece á nuestro objeto.

§ I

Comienza el I salmo de vísperas refiriendo las relaciones que *ab æterno* mediaron entre las dos Personas Divinas. *Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies.* (1) Bellísimo es este testimonio y más aun, si en sentido acomodaticio lo aplicamos á la Divina Eucaristía. El Padre Eterno, conociendo desde esa misma eternidad los deseos que tenía su Divino Hijo de quedarse Sacramentado entre los hombres, le dice con entrañas de amor: *Siéntate á mi derecha*, donde tú y yo juntamente con el Espíritu Santo estaremos presentes en el Sacramento que deseas instituir; ¿mas hasta cuándo? *hasta que sujete á todos tus enemigos y los coloque vencidos debajo de tus pies*, para dar á entender, primero, que el Santísimo Sacramento ha de triunfar de todos sus enemigos, de todas las herejías y segundo, que Él es escudo fortísimo, é inexpugnable baluarte para la defensa de sus hijos. En corroboración de lo primero, la Eucaristía subsistirá entre los hombres hasta el fin de los siglos, y respecto á lo segundo, es indudable que Cristo Nuestro Señor ha instituido este Divino Sacramento para hacernos fuertes contra nuestros más terribles adversarios, visibles é invisibles; por esto la Divina Eucaristía es llamada Pan de los fuertes; por esto el real profeta, refiriéndose á este Sacramento y, dirigiéndose á Dios, le dice que le ha preparado una Mesa contra todos aquellos que le atribulan; y por esto mismo, finalmente, S. Ignacio exhorta á los cristianos á que comulguen á menudo, porque cuanto mayor número de veces se reciba este Sacramento, tanto con mayor vehemencia son arrojados los malos espíritus. En confirmación del verso in-

(1) Dixit Dominus Domino meo: Sede á dextris meis. Ps. 109, 1. etc.

dicado, prosigue el real profeta: *Una vara, salida de tu derecha, enviará el Señor desde Sión, para domeñar á todos tus enemigos.* Esta divina vara, según interpretan algunos exégetas, es la Santa Eucaristía, enviada desde el cielo para disipar las ilusiones diabólicas y las conspiraciones que los enemigos de la santa Iglesia, en su loco desvarío, se atreven á fraguar contra ésta. Por eso es, en verdad, la Eucaristía sostén y esperanza de la Esposa del Cordero. En el verso siguiente: *Tecum principium* etc., quieren unos intérpretes que, refiriéndose el profeta á Jesucristo, le diga que con Él está su principio; esto es, su Padre, entendiendo otros del Espíritu Santo, la frase *In splendoribus sanctorum*; de suerte que según esta opinión, las palabras del presente versículo vienen á indicar que en la Eucaristía se hallan las tres Divinas Personas. Otros, refiriéndose al alma cristiana, le dice que con ésta se halla su virtud, esto es, uno de los medios con que puede contar para hacerse fuerte contra los enemigos, á saber: la Eucaristía, que reside en la Iglesia. Finalmente, aparte las palabras siguientes del salmo, que revelan el sacerdocio eterno de Jesucristo, y que ya hemos hecho mención anteriormente, los demás versículos dan á entender que el Salvador posee este real sacerdocio para ser árbitro de las almas, á fin de tenerlas á su especial cuidado y para impedir á los malos que las dañen, á los cuales juzgará y condenará en el juicio del día último.

En el segundo salmo, se propone David cantar las grandezas de Jesucristo, particularmente las del Santísimo Sacramento.

Podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que casi todo el presente salmo corrobora el Misterio de la Eucaristía. *Te confesaré, Señor, con todo mi corazón; en la congregación y consejo de los justos.* (1) Así empieza David este salmo, eucarístico por excelencia. Debo confesarte y bendecirte, Señor, porque grandes son tus obras. Grande eres Tú y digno de toda alabanza; pero debo confesarte, no

(1) Confitebor tibi Domine in toto corde meo, in consilio justorum et congregatione. Ps. 110, 1.

solamente con la boca, sino principalmente con el corazón, y en el consejo y congregación de los justos. Por este consejo y congregación de los justos se entienden los cristianos reunidos en la iglesia, ó cuando se llegan á recibir á Cristo Sacramentado. Hemos de confesar dignamente á Jesucristo, dicen Lira y la Glosa, no en los conciliábulo de los herejes, sino en compañía de los amigos de Dios, á no ser que en aquellas juntas fuésemos por necesidad requeridos. *Grandes son las obras del Señor* prosigue; y de esto hicimos ya mención anteriormente, aunque aquí completaremos la exposición. Dije que las obras del Señor manifestadas en la Divina Eucaristía son grandes, pues Ésta es el memorial de las maravillas del Altísimo; mas son en tal manera grandes, y de tanta ponderación, que la Eucaristía es *exquisita in omnes voluntates ejus*. El P. Melchor Prieto (1) comenta las referidas palabras de la siguiente manera: «La voluntad de Dios es la causa de todas las cosas, pues si la Eucaristía es obra, no como quiera, de esa voluntad Divina, sino, *in omnes voluntates ejus*, de toda su infinita voluntad, síguese que es obra de todo el poder de Dios y la mayor de todas cuantas Cristo hizo.» Pero dejando tres versículos, que expusimos ya en los capítulos anteriores se nos ofrece que *el Señor anunció á su pueblo la virtud de sus obras para darle la herencia de las gentes*. Por cierto; el Señor vaticinó al pueblo cristiano la virtud del Santísimo Sacramento, señalado con la palabra *obras*, pues como afirma el Burgense (2), se dice así, porque son dos las magníficas obras que nos ha legado, á saber: su Cuerpo y Sangre. Vimos ya como el Altísimo predijo á su pueblo el Divino Sacramento, mediante los símbolos sagrados, los patriarcas y los profetas, pero después veremos que lo anunció también por medio de las profanas sibilas, los antiguos rabinos y los sacrificios de las falsas religiones. El Señor anunció á su Iglesia la virtud del Santísimo Sacramento para dárselo luego

(1) Psalmodia Eucarística. Ps. II de vísperas.

(2) In hoc Psalmo.

en herencia, pues esto significan las palabras *para darle á él la herencia de las gentes*.

En efecto: Jesucristo Sacramentado es la herencia de las gentes; pero ¿qué herencia? Un Dios, herencia del hombre, el Criador, herencia de la criatura. El que hizo al ser humano, no contento con darle lo necesario para su existencia y conservación, se entrega á sí mismo en haber hereditario. (1) «Yo, en verdad, dice el Señor, seré tu única merced, demasiado grande por cierto». He aquí, pues, á la Eucaristía considerada como merced magnífica, demasiado magnífica, del hombre. Hablando de esta grandiosa herencia el profeta David, y adelantándose á la plenitud de los tiempos, coloca en boca de sus hijos estas bellísimas frases: (2) *El Señor es la porción de mi herencia; tú eres, ¡oh Dios! el que me devolverás mi heredad*. Llama heredad á la virtud de las obras del Señor, que como dije, es el Santísimo Sacramento para legarlo á las gentes. S. Pablo enseña que los cristianos somos herederos y coherederos de Cristo (3), es decir; herederos de Cristo en esta vida, al recibir de sus manos la santa Eucaristía, que es su Testamento, y coherederos con Cristo en la eterna bienaventuranza, al participar de la gloria del Hijo de Dios. Por eso las palabras del Apóstol: «Las gentes son coherederas con Cristo por el Evangelio» (4), vienen á confirmar esta verdad; y S. Próspero de Aquitania (5) interpreta la expresión *evangelio* por *sacrificio*; de suerte que, por el Sacrificio del Altar somos coherederos con Cristo; y no importa, añade el citado santo de que seamos millones en número los coherederos con Cristo, puesto

(1) Ego ero merces tua magna nimis.

(2) Dominus pars hereditatis meae et calicis mei: tu es qui restitues hereditatem meam mihi. Psalmus XV, 5.

(3) Hæredes et cohæredes Christi.

(4) Gentes esse cohæredes in Christo Jesu per evangelium. Ad Ephes, III, 6.

(5) Hæreditas in qua cohæredes Christi sumus non minuitur multitudine filiorum nec sit angustior numerositate cohæredum, sed tanta est multis quanta paucis, tanta singulis quanta omnibus. Quæ verba optime Eucharistiæ intellectæ hereditatis nomine adaptari possunt, sumit unus sumunt mille, etc.; lib. sent ex August.

que la abundancia de gracia que posee en la Divina Eucaristía, jamás se agota.

(1) *Las obras de sus manos*, añade David, *son verdad y juicio*; y como las obras de sus manos, según hemos observado, son su Cuerpo y Sangre, resulta que el Señor por medio del profeta, confirma nuestra fe respecto á la Eucaristía y pone una mordaza en la boca de todos los incrédulos. Además; siendo la doctrina de este Divino Sacramento verdadera, tal cual nos la enseña la Iglesia, resulta que la Eucaristía será juicio para aquéllos que la reciben indignamente, pues como afirma el Apóstol, el que come el Cuerpo del Señor en pecado mortal, traga su misma condenación.

La verdad y fidelidad de las palabras de Nuestro Divino Salvador, principalmente en lo que respecta al Santísimo Sacramento, son manifestadas en el texto que sigue: (2) *Fieles son los mandamientos ó promesas del Señor, confirmados de siglo en siglo y obrados con verdad y justicia*. ¿A quién no llenarán de admiración y respeto santo estas palabras? En efecto; el Altísimo asegura que sus legados, sus promesas, sus mandamientos son fieles, porque fiel es su Autor; fiel es Dios, que no permitirá que jamás seamos engañados. Luego fiel es el Misterio de la Eucaristía; posee una realidad, ni más ni menos que como la prometió su divino Autor el cual asegura que mandaría su testamento, esto es: su Cuerpo y Sangre. Pero las promesas del Altísimo, á más de ser fieles, son confirmadas de generación en generación, precisamente porque son verdaderas y llenas de fidelidad. Los siglos son testigos de la existencia del Misterio Eucarístico; nosotros no procuraremos otra cosa, en el discurso de esta obra, que manifestar como este hermosísimo Misterio ha sido corroborado en todas las épocas y por todos los hombres y hasta por los mismos elementos.

Y porque son fieles las promesas del Señor, quien prometió á su pueblo enviarle á su Hijo por sacerdote eterno,

(1) Opera manuum ejus veritas et judicium. Ps. 110.

(2) Fidelia omnia mandata ejus confirmata in sæculum sæculi, facta in veritate et æquitate. Ps. 110.

según el orden de Melquisedech, á fin de que diese una comida suave y divina á los que le temieren, por eso David, adelantándose en espíritu á los siglos, afirma que el Altísimo (1) *envió la redención á su pueblo y le mandó para siempre su testamento*. Pero, ¿qué clase de testamento? Aquél en que recopiló y notificó todas sus maravillas. *Memoriam fecit mirabilium suorum*. Maravillas sublimes que constituyen la Sacrosanta Eucaristía, la cual es ciertamente el Testamento de Cristo; primero, porque Nuestro Señor lo instituyó poco antes de su muerte para conmemoración de Él y de su Pasión; segundo, porque nos legó todo cuanto le quedaba en aquella hora; tercero, porque nos otorgó cuanto nos podía dar; cuarto, porque nos instituyó herederos perpetuos de su Cuerpo y Sangre; quinto y principal, porque así nos lo enseñó el mismo Jesucristo al instituir el Sacramento de su amor. *Hic caliz novum testamentum est in meo sanguine*: Hé aquí el cáliz del Nuevo Testamento en mi Sangre. Empero este magnífico Testamento nos lo envió mediante sus apóstoles; por manera que los apóstoles fueron los albaceas y testamentarios de Jesucristo, al decirles: Esto mismo que yo he hecho lo practicaréis también vosotros y vuestros sucesores en el sacerdocio, mas lo verificaréis en memoria de mí y de mi pasión. Por esta razón la Eucaristía es denominada con toda propiedad: *Memorial de la pasión del Señor*. Un testamento semejante no lo otorgó el Señor en papel ó piedra, sino que para más seguridad lo esculpió en la mente y corazón de sus apóstoles. El testamento de Jesús fué otorgado de viva voz en presencia de doce testigos hábiles y jurídicos, porque Dios, Autor de la ley, los había escogido para testigos, albaceas y herederos de su Testamento.

III salmo. Al considerar el real vate las maravillas de que trata este precioso salmo, queda como estupefacto, sin atreverse á profundizar un Sacramento que es todo de fe, por lo cual exclama: *Creí, por cuyo motivo he hablado, mas*

(1) Redemptionem misit populo suo, mandavit in æternum testamentum suum. Ps. 110.

yo he sido sumamente abatido. (1) Para hablar y ocuparse, como es debido, de un Misterio tan hondo, es indispensable la fe, pues sin ésta es imposible agradar á Dios, ni acertar en lo que respecta á los arcanos de este Misterio. Por falta de esta base fundamental, los incrédulos pseudo-filósofos erraron, blasfemaron y no supieron dar en el *quid* de la cuestión. Es preciso humillarse profundamente, como el profeta, y creer el Misterio Eucarístico, antes de ponerse á tratar de Él; así es como David, después de practicar estas dos esenciales cosas, habló y profetizó del Sacramento Santísimo; y por cierto, Dios revela las cosas altas únicamente á los humildes, confundiendo á los soberbios que se introducen á tratar asuntos sobrenaturales sin poseer la fe cristiana. Debido á esta carencia de fe, es por que David, en uno de sus dulces éxtasis y, viendo en lontananza á esos hijos de las tinieblas pronunciar dislates continuados sobre la Eucaristía, exclama: *Todo hombre es mentiroso* (2).

Después que el profeta rey se preguntase á sí propio qué es lo que retribuiría al Señor por todas las mercedes que le había concedido, se responde á sí mismo: *El cáliz de la salud tomaré; sacrificaré hostia de alabanza y por esto invocaré tu santo nombre... Rompiste mis ataduras..., por esto cumpliré mis votos al Señor en presencia de todo el pueblo y en los atrios de la casa del Altísimo*. (3) De donde hemos de considerar cinco gratificaciones que David pretende ofrecer á su Dios.

1. En primer lugar es la aceptación del cáliz de salud. El real profeta consideraba en sí propio la persona del sacerdote católico que tiene la misión de ofrecer á Dios el Santo Sacrificio del Altar, y por lo tanto, el Cáliz de bendición; por esta razón quiere él también ofrecerlo al Señor. Meditaba sabiamente que la mejor manera de ensalzar al Altísimo era ofreciéndole la Sangre de su Divino Hijo, vertida en el Cá-

(1) Credidi propter quod locutus sum; ego autem humiliatus sum nimis. Ps. 115.

(2) Ego dixi in excessu meo: omnis homo mendax.

(3) Ps. 115.

liz consagrado, más aun; comprendía que el único modo de agradarle perfectamente era presentarle este Cáliz del Sacrificio y sabía por idéntico motivo que el don mejor, el más excelente y en el que más se complace el Eterno es el Cáliz que contiene el vino que engendra vírgenes. Por último, no olvidaba que la aceptación de este Cáliz, por parte de Dios, era el óptimo medio de aplacar sus justas iras, de satisfacer por nuestras culpas y de obtener un sinnúmero de mercedes magníficas, que de otra manera hubiera sido difícil conseguir. Por eso, con toda razón, exclama: *El Cáliz de salud*. Mas no se olvide que lo que indujo á David á tomar este santo Cáliz fué principalmente el dar gracias á Dios por todos los beneficios recibidos. En atención á esto, es el Sacramento de amor, apellidado Eucaristía, que significa acción de gracias. Y pregunta Nicolao IV. (1) ¿Por qué razón se llama este Sacramento *Eucaristía* ó acción de gracias, más que *supplicatio*, que quiere decir, súplica ó petición, supuesto que si por Él se dan gracias, también por Él se solicitan mercedes? y responde sutilmente: que se llama Eucaristía y no súplica, porque en Él tenemos más razones de acción de gracias que de petición, porque en Él anda el hombre corto en pedir y Dios larguísimo en dar. Además, debiendo nosotros á un Dios infinito, y siendo por otra parte finitos, no podemos retribuirle convenientemente, mas por este Sacramento en el que está presente Jesucristo, Hombre-Dios, devolvemos al Eterno su mismo Hijo que es la mejor prenda que puede recibir.

2. Lo segundo que David quería ofrecer al Señor era el sacrificio de la Hostia de alabanza. Mas... ¿cuál debería ser esta hostia sino el mismo Jesucristo que reusó las hostias de la antigua ley para constituirse Él mismo en Hostia viva y sin mancha? Si el cáliz de que habla David es el del Nuevo Testamento, es la Sangre de Jesucristo, la hostia de que aquí se ocupa debe ser precisamente el Cuerpo del mismo Señor, puesto que si éste falta no hay sacrificio. ¿Qué cosa

(1) Bibliotheca veterum Patrum.